

DOMINGO XXXII TIEMPO ORDINARIO. CICLO C

QUE LA PAZ VUELVA A SU CURSO.

Pablo evangelizó en Tesalónica entre el otoño de 49 y la primavera del 50; Timoteo su mejor discípulo fue enviado para una visita pastoral a la comunidad; trayendo noticias de la campaña contra Pablo en toda la ciudad, las preocupaciones de los creyentes, si sería o no inmediato el retorno del Señor y el futuro de los que habían muerto sin paz en medio de tantas dificultades. Pablo, en el primer escrito del Nuevo testamento les exhorta a guardar fielmente la fe que les ha sido transmitida: "Que el Dios que os ha amado y nos ha dado gratuitamente un consuelo permanente y una feliz esperanza, conforte los corazones de ustedes y los disponga para toda clase de obras buenas y palabras de paz" (segunda lectura). Pablo oraba por los tesalonicenses y pedía que oraran por él para que "La palabra de Dios siguiera su curso". Lo mismo pedimos los creyentes a Dios para que en nuestro país no siga en curso la violencia, la venganza, la retaliación política o la corrupción mal acostumbradas sino la reconciliación como el camino normal hacia la paz. A Pablo le encantaba la imagen del "curso, la carrera en los deportes" para decir que un buen corredor, con la palabra de Dios en mano, era capaz como la antorcha de iluminar e interiormente de inflamar a mucha gente. El músico que interpreta una obra puede inundar de emoción a los asistentes hasta arrancarles palmas. "Oren para que la palabra de Dios se propague con rapidez y sea recibida con honor. Así el Señor que es fiel les dará fuerza a ustedes y los librará de la violencia. Que el Señor dirija sus corazones para que amen a Dios y esperen pacientemente la venida de Dios en paz" (segunda lectura).

En nuestras dificultades, no superables solo con procesos políticos interesados, debe contar también la esperanza por la fidelidad de Dios con nuestro pueblo "el señor es fiel", basta hacer memoria de lo que Dios ha hecho como salvación; en nuestra historia; para aumentar la fe que requiere toda esperanza; teniendo en cuenta que tenemos más tradición de fe y esperanza que de violencia y desaciertos institucionales.

LA RESTAURACIÓN TIENE QUE SER COLECTIVA

El texto de la primera lectura nos traslada entre los años 175 y 163, la época del rey sirio Antíoco Epifanes cuando éste intenta unir su reino a un mosaico de pueblos de modelo griego contrario a las costumbres judías; la mal intención lo llevó a abusar de la tortura. La historia de los siete hermanos arrestados acompañados al martirio con su madre, es un bello ejemplo de cómo la experiencia de la fidelidad de Dios con sus antecesores y ahora con ellos los convenció de la existencia de la resurrección. Esto que parecía imposible, es menos interesante al indiferentismo de hoy; pero da una gran esperanza para todos nosotros y de máxima importancia para nuestros muertos por la violencia y sus familias. Ezequiel pensaba en la restauración de

Israel no solo como individual sino para Israel de entonces y el nosotros de hoy; al profeta lo confundía el desastre de la pérdida en forma violenta de la tierra y el exilio como desplazamiento y destierro. Su fe le permitió soñar en un campo de batalla, como muchos de nosotros llenos de huesos de cadáveres de una armada vencida; “vuestro pueblo se parece a esto; pero el Dios de la vida cubrirá los huesos de carne con músculos y piel como si la sangre corriera por sus venas (Ez 37) Recordemos que no se trataba de una resurrección individual sino comunitaria.

LA RECONSTRUCCIÓN Y RECONCILIACIÓN.

Para nosotros el resucitado, el Espíritu Santo, ha realizado y nos promete mucho más de lo que se imaginó Ezequiel. Nuestro compromiso es reconstruir nuestro tejido social por la reconciliación hacia la paz como signo de la resurrección futura. Si no somos capaces de reconstruir nuestra sociedad actual, no reconoceremos la vida eterna en el cielo. Nosotros seremos resucitados con un cuerpo transformado y glorificado que nos es imposible concebir ahora. Nosotros somos herederos de la resurrección porque participamos de la suya; seremos transformados como lo fue Él, el día en que venció la muerte y resucitó, pasó de la muerte a la vida, lo que llamamos “Pascua”.

Jesús en su discusión con los Saduceos, quienes negaban la resurrección y la vida futura, confirmando su increencia con el menosprecio de la fe, pero sin arruinar la vida como los victimarios nuestros; nos advierte que el proyecto de reconstruir la vida social mediante la reconciliación hacia la paz, anticipa en esta vida, la vida futura; porque “Él no es solo Dios de muertos, sino de vivos, pues para Él todos viven” (evangelio).

El Dios de la vida no permitirá que nosotros que somos la extensión de su vida, se pierda; o en ella que la última palabra la tenga la muerte. Karl Rahner, teólogo católico, alemán, decía: “Cuando lleguemos a la plenitud de la vida, nos veremos sorprendidos al comprobar que todo era casi de otra manera distinta de cómo lo habíamos pensado, pero esa diferencia se mostrará concordante con nuestra vida actual. Yo espero Señor con paciencia y con confianza. Yo te espero como un ciego a quien le han prometido el comienzo de la luz. Yo espero en la resurrección de los muertos”.

“Señor, hazme justicia y a mi clamor atiende; presta oído a mi súplica, pues mis labios no mienten. Mis pies en tus caminos se mantuvieron firmes, no tembló mi pisada. A ti mi voz elevo, pues sé que me respondes. Atiéndeme, Dios mío, y escucha mis palabras. Protégeme Señor como a las niñas de tus ojos, bajo la sombra de tus alas escóndeme, pues yo, por ser te fiel, contemplaré tu rostro, y al despertarme, espero saciarme de tu vista” (Sal 16)

Padre Emilio Betancourt